



ARZOBISPADO  
DE SANTIAGO

Estimados hermanos y hermanas

Muy feliz pascua para todos.

Como versa el estribillo del salmo “este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo”. Hoy celebramos la Pascua de Resurrección, buena noticia para todos los pueblos, todas las culturas, todas las realidades. El cirio encendido es el signo más elocuente porque expresa que Cristo resucitado disipa todas las tinieblas y es la luz para el mundo.

En el Evangelio contemplamos la ansiedad de los primeros discípulos. Transcurrido el drama de la cruz María Magdalena, otras mujeres y los apóstoles Pedro y Juan, en momentos sucesivos, van al sepulcro. Cuando llegan al lugar contemplan que está vacío. Solo se veía en el lugar las vendas y el sudario. Esta escena, elocuente en sí misma, suscita una respuesta de un realismo inaudito: todos vieron y creyeron. La ausencia del Señor en el sepulcro genera la certeza de su presencia resucitado. Misteriosamente el sepulcro vacío, se vuelve luz de esperanza e indicación de que el Señor ha resucitado.

¿Qué ocurrió en el corazón de estos discípulos al contemplar el sepulcro vacío? Algo simple pero hondo. Cuando vieron que estaba vacío entendieron la predicación que el Señor había realizado, lo que les había enseñado. Al mismo tiempo fueron capaces de releer el drama de la cruz como camino y se hicieron parte viva del mensaje de la pascua; y también comenzaron a releer su vida con las coordenadas de la pascua. Todo, siendo lo mismo, era comprendido y vivido de un modo radicalmente distinto.

Pero, en el corazón de ellos había un anhelo mayor. No solo necesitaban ver y creer sino que necesitaban la experiencia del encuentro con su Señor. Por ello emprendieron el camino a Galilea, porque, como versa en los textos sinópticos, ahí encontrarían al resucitado. Recordemos que la región de Galilea ha sido el escenario principal de la actuación de Jesús, de sus encuentros con los discípulos, del primer amor. En Galilea le han visto curar, perdonar, liberar, acoger, despertar en todos una esperanza nueva y sin ocaso. Ahí se escuchó, por vez primera y en toda su pureza, la Buena Noticia de la Salvación.

Además, a orillas del lago de Galilea se fue gestando la primera comunidad de Jesús y está el germen de la Iglesia. Recordemos que este es *el lugar de la primera llamada, donde todo empezó*. Jesús pasó por la orilla del lago, mientras los pescadores estaban arreglando las redes. Los llamó, y ellos lo dejaron todo y lo siguieron (cf. Mt 4,18-22). Sus seguidores viven junto a él una experiencia única. Su presencia lo llena todo y le da sentido a cada acontecimiento. Con él aprenden que el Evangelio es perdón, acogida, misericordia, sanación, opción por los excluidos; que la buena noticia es alegría y esperanza para todos. Ahí entienden cuán importante es vivir en el amor de Dios. La experiencia de encuentro con Jesús pre pascual, en Galilea, fue el taller donde se fragó el discipulado misionero de sus seguidores.

Pero me atrevo a resaltar otro aspecto de la significación de esta vuelta a Galilea'. Recordemos que Galilea era una región de frontera, donde todos se mezclaban, tierra pagana y diversa, tierra donde se cruzaban muchas culturas, muchas realidades, muchos dolores y esperanzas. Por ello, regresar a Galilea es volver a una realidad socialmente compleja, llena de situaciones difíciles para en ella desentrañar el rostro del resucitado.

De lo anterior se desprende una primera provocación: para encontrar a Cristo resucitado hay que 'moverse', hay que ponerse en camino, hay que buscarlo, como las mujeres del relato. El camino del cristiano no resiste pasividad ni esperas, sino muy por el contrario exige movilizarnos hacia el Señor, buscarlo con pasión para verlo en su más absoluta realidad, no como un sucedáneo o como un relato de otros sino como la experiencia personal que conmueve, convierte y envía. La Pascua es eso: una inaudita provocación a ponernos en camino, a salir de la pasividad.

Pero, al mismo tiempo, surge una segunda provocación: releer la vida desde Galilea. Por ello, volver a Galilea para nosotros es aprender a *releer* todo a partir de la cruz y de la victoria; sin miedo ni tribulación. Releer todo: la vida propia, los dolores y las alegrías, las desafecciones y los cuestionamientos, la familia y el trabajo, las decisiones y los equívocos. En fin, es releer todo a partir del final, que es un nuevo comienzo, *de este acto supremo de amor*. Es volver al primer amor, para *recibir el fuego* que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, a todos los extremos de la tierra.

Y una tercera provocación es que, al emprender el camino a las galileas de hoy, pareciera deslizarse la invitación para que nosotros, hoy, vayamos a esas galileas existenciales para ver al Señor y para anunciar la buena noticia a los pobres, la libertad a los cautivos y el año de gracia del Señor; ir a las galileas de hoy para anunciar con valentía el Evangelio, que es la causa de la verdadera alegría. Y también esta provocación es para que vayamos a esas galileas a dejarnos impresionar por el señor resucitado que se nos manifiesta en los que sufren, en los marginados, en los que están fuera del sistema, en los que no piensan como uno, en los que nadie quiere, en fin. No nos olvidemos que el Resucitado no aparece en el Templo de Jerusalén o en el Sanedrín, sino que se hace patente en los lugares de marginación.

Por ello esta provocación es una invitación para ver el rostro del resucitado presente en las galileas de hoy, en los migrantes, los abandonados, los enfermos, los pobres, los que viven fuera del sistema, los pecadores, los que se sienten rechazados o abandonados por la sociedad. Los invito a dejarse cautivar por el Cirio pascual, imagen del resucitado, y a ser luz para las galileas de hoy, para los lugares donde la fe no llega, para las periferias existenciales, los lugares marginales, los corazones desafeccionados de la fe, las personas que se siente no querida por la iglesia o marginadas de ella, y tantos otros.

Queridos hermanos, en este día santo en que celebramos el cumplimiento de la promesa, renovemos nuestro compromiso vivo y alegre por ser testigos del Señor en todo tiempo y circunstancia; por dar la buena noticia del reino y por comprometernos vivamente, a que en este tiempo de tribulación, a una sola voz y en solidaridad con todos, seremos ardientes

testigos de aquellos que nos conmueve y que da sentido a la vida: Que Jesús resucite y que lo veremos en nuestras galileas.

¡Pongámonos en camino! AMEN